

Del olvido

Siempre recordaré aquella noche en que encendiste otro cigarro y tras apurar el whisky citaste a Joaquín. Dijiste algo así como que la mejor vacuna, aunque tome su tiempo, es el olvido.

Supongo que me viste arrancar la primera página de aquel libro de poemas, leer las palabras que como cicatrices alguien grabó en ella, y dejarla caer sobre el cenicero con tan poca pena como gloria.

Así, como si los espejos de una vida pudieran cubrirse de escombros y esparcir cal viva sobre el alma ajena fuese un derecho. Como si no bastase un aura de perfume una noche en un teatro para disipar el olvido. O el sabor de un vino, o el olor de ese guiso que consigue llevarte lejos, o una luz del mismo color que aquel atardecer posándose en la mirada.

En ocasiones, el olvido se presenta tan vacío como el que trae la muerte de quien no siembra recuerdo, tan huraño como algunas manos que han esbozado la Historia o tan envenenado como el de quien insiste en olvidar. Tan efímero es el olvido que basta una brizna de memoria para desvanecerlo. Si bien, tan perennes son el dolor del olvido que es venganza, como la belleza del olvido que es perdón.

Se trata, a fin de cuentas, de aprender a caminar sobre las cenizas de lo que fue sin mancharse los zapatos.